

## VENTISCA

La nieve cae monótona. Los copos se amontonan en el suelo y cubren todo con su luz de desierto. Una manta blanca persiste decidida a borrar todas las diferencias del paisaje. Pareciera como si cada copo, impulsado por el viento, deambulara hasta encontrar su sitio. El paisaje queda inmóvil, solo el viento, a salvajes empujones, es capaz de desplazar los trozos de nieve para volver a colocarlos como si nada hubiera pasado. Una extensión infinita aplaca los colores. El silencio, roto en ocasiones por el crujir de la madera de un árbol justo en el momento de su fractura, lo envuelve todo. Acaso el silbido constante del viento sirva de soporte a ese silencio. Las palabras son engullidas por la ventisca, alimentan su silencio y no hay sonido alguno capaz de desbaratar su quietud.

Un caballo avanza dispuesto a romper la monotonía. La paz de esta estampa se ve quebrada por los pasos de ese animal. Sobre su lomo un personaje, casi desfallecido, lucha de manera inconsciente por mantenerse vivo. Ya no tiembla. Ningún movimiento se observa en él. Solo la leve sonrisa que el frío marca en el rostro antes de la despedida.

Un caballo y su jinete son un elemento extraño. Son una especie de alianza. El caballo sigue su camino, pero no hay caminos marcados en la nieve. Solo la memoria, el instinto o la intuición pueden conducir unos pasos cuando el paisaje tapa todas sus huellas. Un caballo no es más que instinto y memoria, lo que quizá constituya otro tipo de intuición. Un caballo cansado de trotar, ansioso por rendirse, no lo hace, no por sobrevivir, sino por una especie de automatismo. El jinete subido a su lomo es una gravosa obligación. Ochenta kilos de peso desplomados sobre la grupa, inanes, ajenos a las vicisitudes del camino, no son más que un ancla, un freno para la supervivencia. Pero quiere, por suerte, esa alianza ser más fuerte que la propia vida.

Fueron encontrados por un gañán. El caballo permanecía de pie a su lado exhibiendo una lealtad férrea o más bien una resignación tenaz. Quizá el caballo sabía de la condena de muerte que supone romper las alianzas. No lo lamía ni siquiera lo miraba. Sus crines derrotadas por la nieve, sus bellos amoratados y su cabeza apuntando hacia delante, como en un último gesto, una última petición a su jinete: lleguemos a ese pueblo. Bien es cierto que, desde donde lo encontraron, no podía divisar nuestro pueblo, pero quizá la memoria y el instinto...

El gañán lo subió al caballo y lo ató. Cogió las riendas y muy despacio lo llevó hasta la posada. Allí lo acostaron en una habitación y rezaron porque viviera. Al alba del día siguiente, ya se decía en el pueblo que era médico y que había venido del Bierzo.

*Déjame que te cuente como llegué aquí.* Así empezaba siempre la historia. La había oído tantas veces que me dedique a exprimir sus detalles, a poblarlos con una gigante densidad de imágenes. Así comencé a hacer mío su recuerdo, quizá demasiado mío. Penetré en el centro de su historia, sin saber que ese laberinto no tenía salida. Tras su muerte, me sentaba al fuego solo, aunque rodeado de gente, y únicamente era capaz de perseguir con la mirada el contorno de las llamas. Cuando alguien me hablaba, era incapaz de responder, me hallaba perdido en una ventisca.

Quizá sea la única manera para deshacer los nudos de la vida. Al menos para volver a ellos cuando ya quedan lejos. Quizá el único camino para entender algo sea deambular en los recuerdos, olisqueando los rastros que quedan de nosotros, los rastros que quedan de lo que hemos querido. Los rastros que quedan de él.

Así, siempre que me acercó al fuego, me entiero en una ventisca y mi silencio no es el silencio de la nieve, sino del recuerdo que trae a jirones el pasado. Quizá solo en la repetición incesante

encontremos reposo. Así era para él. Siempre contando aquella historia que nunca terminó de entender. La nieve, siempre he pensado que la nieve ciega la comprensión, acalla los sentidos y nada es capaz de atravesar su cortina. Nuestra llanura, la llanura que habitamos, no devuelve las palabras, se emiten y se pierden para siempre, se van lejos, en cambio la nieve las engulle y no permite ni siquiera expresarlas. No permite distinguir los sonidos ni los pensamientos.

De pequeño, muchas veces llené una lata de metal con nieve y la acerqué al fuego. Cada grumo se deshacía paciente. Cada copo se transformaba en varias gotas de agua. Solo al calor revela la nieve su naturaleza acuosa. Un copo de nieve no muestra su interior, es un misterio maravilloso. Sus millones de cristales se esconden bajo su aspecto poroso. Llena de aire sus entrañas para disfrazar su carácter cristalino. Al tocar el suelo, se reúne con los que han llegado antes y se hace indescifrable. Tal vez sea así la muerte, una masa ininterrumpida de cuerpos indistinguibles, una maraña de recuerdos perdidos, solo al alcance de los que quedan. Por eso necesito volver y volver a aquella ventisca. Por eso necesito entender lo que él no pudo.

Leí en alguna parte que no se puede beber el agua de nieve. No contiene sales y a la larga puede matarte. Algunos recuerdos son algo parecido, te dejan hambriento. Te atrapan, pero para cuando quieres darte cuenta ya estás en la memoria de otro. Y la memoria es algo así como el impulso que requiere una vida. Si pierdes tu impulso, pierdes tu vida. No, no en el sentido de morir, sino de no vivir. En el sentido de ser un extraño más allá de los recuerdos del otro.

¿Cómo pudo ser? ¿Qué pudo pasar para que llegara desde el Bierzo hasta aquí atravesando una ventisca? Esa que yo nunca he podido traspasar. Nunca pudimos contestar esa pregunta. Nunca nadie pudo verificar su historia. La ventisca la engulló. Solo nos quedan sus palabras. Su interminable historia. Contada casi a diario.

He cogido un millón de veces el autobús. He conseguido llegar hasta León, pero nunca me he atrevido a pisar Ponferrada. Nunca me he atrevido a confirmar su historia. Nunca he tenido el suficiente valor para acercarme a su pueblo y preguntar por el médico que desapareció en la ventisca. Tal vez su historia se ha convertido en la mía. Tal vez he sido devorado por sus palabras e incapaz de construir mi propia historia he habitado la suya. Él fue actor, la vida a mí no me ha dejado más que ser espectador.

Nunca volvió a su casa. Nunca más salió de nuestra comarca. Yo le preguntaba a mamá y ella me decía sus razones tendrá hijo, sus razones tendrá. Y yo le insistía, pero por qué. Qué razones puede tener. No me interesa eso mi niño. Cada cual es dueño de su pasado y lo comparte con quien quiere. Tu padre ha decidido no compartirlo con nosotros. ¿Qué podemos hacer? Es su decisión. Yo no le he pedido nada de eso. Solo le he pedido que me quiera y eso ha hecho.

Siempre he sospechado que mi madre sabía algo más. Escondía junto a mi padre su secreto. Siempre he pensado que eso soportaba su amor. Una especie de sociedad encargada de custodiar un secreto.

Mi padre nunca respondió a mis preguntas. Sonreía, no más. Solo sonreía. Sonreía y repetía machaconamente una frase: la nieve se tragó mis recuerdos, la nieve se los tragó. No te puedo decir más. Mi recuerdo no llega más allá de la ventisca.

Y si fuera cierto, y si la ventisca devoró la memoria de mi padre, la ocultó bajo su manta y la eclipsó con su luz de desierto. A mí ya no me vale. No me vale para tener una vida, yo también me perdí en esa ventisca. Él perdió sus recuerdos. Yo perdí mi futuro. Todo mi porvenir encalló en esa ventisca y no puedo andar más allá de los remolinos que su nieve hace antes de tocar el suelo.